

La "Mater et Magistra" y el Comunismo

Para algunos ha sido motivo de sorpresa y aun de inquietud el que la última Encíclica del Papa actual, a pesar de ser tan extensa, no dedica un solo capítulo a la repulsa del comunismo. No ha faltado quien considera el documento pontificio como una nueva actitud de la Santa Sede ante el marxismo-leninismo de nuestros días; otros opinan que el Pontífice mide por el mismo rasero al capitalismo y al comunismo, responsabilizándolos por igual de la profunda injusticia social del mundo moderno. Los que así interpretan la mente del Pontífice están sin duda equivocados. El capitalismo puede ser bautizado, el comunismo, en cambio, tiene demasiado podridas sus raíces aun para poder intentarlo.

Entrando directamente en el análisis de la Mater et Magistra nos encontramos con cuatro partes; en la primera Juan XXIII recoge las enseñanzas sociales de los Pontífices precedentes: León XIII, Pío XI y Pío XII. En las otras tres partes el Papa actual adapta su enseñanza a los cambios científicos, técnicos, sociales y políticos de los últimos años. Al desarrollar en la primera parte las ideas claves de León XIII nos recuerda cómo la propiedad privada, incluso de los bienes instrumentales o de producción, es de derecho natural. Afirmación céntrica en completa oposición con la doctrina del comunismo; para éste, sólo la transferencia al Estado de todos los bienes de producción puede acabar con la explotación del hombre por el hombre.

Enseñanzas recogidas de la *Quadragesimo Anno*

Cuando fue redactada en 1891 la *Rerum Novarum*, el comunismo era una mera avanzada subversiva, sin que apareciera en el horizonte la probabilidad de su implantación en ningún país del mundo. En cambio, al aparecer la Encíclica *Quadragesimo Anno* la situación había cambiado radicalmente. El marxismoleninismo se había apoderado de la inmensa Rusia zarista hacía casi tres lustros, y constituido el gigantesco imperio de la URSS. El comunismo tiranizaba desde el Báltico hasta el Pacífico; Stalin se afanaba por sacar adelante el primer plan quinquenal que tan terribles sacrificios impuso a los ciudadanos soviéticos.

En este ambiente nos recuerda Juan XXIII cómo Pío XI ratifica en la *Quadragesimo Anno* la enseñanza leoniana de que la propiedad privada es de derecho natural. Volviendo a citar a Pío XI, la Mater et Magistra nos afirma cómo "El Pontífice recalca que la oposición entre comunismo y Cristianismo es radical". Esta es sin duda la razón por la que el Papa actual no insiste en su Encíclica en una nueva condenación del comunismo, calificado ya por Pío XI de "intrínsecamente perverso". ¿Para qué va a rechazar un Pontífice lo que sus predecesores han condenado con los más graves anatemas?

Alusiones específicas de la Mater et Magistra al Comunismo

No había, por lo tanto, ninguna necesidad de una repulsa pontificia del comunismo. Con todo, el que lea la Mater et Magistra con ojos serenos encontrará una porción de ocasiones en que el comunismo, incluso en su forma actual, es rechazado por Juan XXIII. Al principio de la segunda parte el Pontífice recuerda el principio de subsidiaridad; lo que pueden realizar los particulares no debe absorberlo la comunidad; y lo factible por una entidad infraestatal no debe acapararlo el Estado. ¿Quién no ve la manifiesta oposición de esta doctrina con la idea comunista, que coloca en manos del Estado la producción y distribución de todos los bienes?

Certeramente, señala el Pontífice las funestas consecuencias de la intervención estatal absorbente en la economía: "La experiencia efectivamente atestigua que donde falta la iniciativa personal de los particulares hay tiranía política; pero hay además estancamiento de los sectores económicos destinados a producir sobre todo la gama infinita de bienes de consumo y de servicios que se refieren, no sólo a las necesidades materiales, sino también a las exigencias del espíritu: bienes y servicios que ocupan de un modo especial, la genialidad creadora de los individuos".

Dos consecuencias nefastas acarrea la absorción de la economía por parte del Estado: el individuo se encuentra inerme ante un Estado dueño único de los bienes instrumentales.

La segunda consecuencia de la absorción económica estatal, cual se verifica en el comunismo, es que las necesidades individuales quedan sacrificadas ante la prepotencia del Estado. En los países bajos la égida de la hoz y el martillo se equipan ejércitos gigantescos, surgen grandes fábricas o represas. Pero todo ello exige el sacrificio de dos o tres generaciones que han de vivir mal alimentados, peor vestido, y hacinados en viviendas insalubres.

La remuneración del trabajo

Este último aspecto —del sacrificio de la población— queda remachado en la Mater et Magistra cuando expone la remuneración del trabajo. Protesta el Papa de que en algunos países existe un contraste estridente entre el lujo de unos pocos y la miseria de la mayoría. El dirigente yugoeslavo Milovan Djilas, nuevamente encarcelado por Tito, seguramente aplicaría lo anterior a los países comunistas. Pero lo que sin duda apunta a los países comunistas son las frases que siguen a continuación: "en otras (naciones) se llega a obligar a la actual generación a vivir con privaciones inhumanas para aumentar la eficiencia de la economía nacional conforme a ritmos acelerados que sobrepasan los límites que la justicia y la humanidad consienten".

Evidentemente los renglones transcritos apuntan a los países del paraíso marxista. Obligan a

la inmensa mayoría a vivir en precarias condiciones, prevaleciendo de que el Estado es el único proveedor. Si Carlos Marx resucitara le darían ganas de volverse al sepulcro, al contemplar la distribución de los bienes en los países que se jactan de ser sus seguidores. Marx sacudió la caja de los truenos contra los países capitalistas ante el fenómeno de la plusvalía: la parte del valor de cambio que debiera ir a los bolsillos del trabajador y de la que injustamente se apropia el empresario. El fenómeno de los salarios bajos se manifiesta de modo irritante en los pueblos allende la cortina de hierro, precisamente para acelerar —como lo denuncia el Papa— los ritmos de producción que sobrepasan lo que “la justicia y la humanidad consienten”. La plusvalía de los países marxistas-leninistas brota, según Milovan Djilas, de dos manantiales: de un lado la prepotencia hegemónica del Estado comunista, y de otro de una función sindical desvirtuada, ya que los sindicatos en los países marxistas-leninistas deben realizar la función primordial de realizar las consignas gubernamentales en los planes económicos elaborados por el gobierno.

La dictadura del proletariado descubre así su verdadera faz. No es, como lo deseó el viejo Marx, la dictadura de los opresores contra los oprimidos, sino la dictadura de unos pocos directivos del partido comunista sobre toda la sociedad, incluso sobre el mismo partido comunista.

Estructuras conformes con la dignidad del hombre

La Mater et Magistra propugna un profundo cambio en las estructuras de la sociedad. Late continuamente el deseo de Pío XII de transformar el mundo “de inhumano en humano, y de humano en divino. Aboga Juan XXIII por la presencia activa de los obreros en todos los niveles de la gestión económica. Inicia la Encíclica este capítulo propugnando una norma fundamental, merecedora de que la mediten los políticos, juristas, economistas y sociólogos. “La justicia ha de ser respetada, no solamente en la distribución de la riqueza, sino además en cuanto a la estructura de las empresas en que se cumple la actividad productora. Porque en la naturaleza de los hombres se halla involucrada la exigencia de que, en el desenvolvimiento de su actividad productora, tengan posibilidad de empeñar la propia responsabilidad y perfeccionar el propio ser. Por tanto, si las estructuras, el funcionamiento, los ambientes, de un sistema económico, son tales que comprometan la dignidad humana de cuantos ahí despliegan las propias actividades, o que les entorpecen sistemáticamente el sentido de responsabilidad, o constituyan un impedimento para que pueda expresarse de cualquier modo su iniciativa personal: un tal sistema económico es injusto, aun en el caso de que, por hipótesis, la riqueza producida en él alcance altos niveles y sea distribuida según criterios de justicia y equidad”.

No admite el Papa un sistema económico que comprometa la dignidad humana, aun en la hipótesis de que se alcancen altos niveles de producción y una justa distribución. No falta quien aplica esta crítica pontificia a todos los sistemas económicos de la actualidad, incluyendo a los países más avanzados en la industrialización. Pero ninguna persona sensata negará, que, las anteriores líneas entrañan una acerba crítica de la organización económica de la empresa comunista.

Actitud espiritualista ante la vida

La Parte IV, última de la Encíclica, comienza con unos párrafos en que se defiende, con hondo sentido pastoral, esa actitud espiritualista, clave del cristianismo. Se lamenta el Papa del desconocimiento de la exigencia religiosa por tantos hombres de nuestros días: “En efecto, el error más radical en la época moderna es el considerar la exigencia religiosa del espíritu humano como expresión del sentimiento o de la fantasía, o bien como un producto de una contingencia histórica que se ha de eliminar como elemento anacrónico o como obstáculo al progreso humano; cuando, por el contrario, en esta exigencia los seres humanos se revelan como lo que son verdaderamente: seres creados por Dios y para Dios”.

Ataque directo al materialismo dialéctico, que sirve de base filosófica al marxismo-leninismo. Es algo tan claro que huelga cualquier amplificación.

La incompatibilidad, tantas veces expuesta, del comunismo con el cristianismo no se mantiene en el orden meramente especulativo, sino que cristaliza en la práctica en la persecución religiosa allí donde se impone un régimen comunista. Existe en la Encíclica una nítida alusión a la persecución religiosa desencadenada por los comunistas, con violencia que varía de un país a otro, y aun dentro de cada Estado, de una época a otra. El Pontífice testifica el hecho de la persecución y presagia el fin de los perseguidores: “Es verdad que la persecución que desde decenios enfurece en muchos países aun de civilización cristiana antigua, contra tantos Hermanos e hijos Nuestros, precisamente por esta queridísimos a Nos en modo especial, pone en evidencia cada vez más la dignidad superioridad de los perseguidos y la refinada barbarie de los perseguidores: lo cual, aunque todavía no dé visibles frutos de arrepentimiento, sin embargo induce a muchos a reflexionar”. Palabras duras, en medio de una formulación tan mesurada.

En resumen: la última Encíclica del actual pontífice es una maravillosa síntesis de la doctrina social de la Iglesia puesta al día. Toda ella se cimenta sobre la actitud espiritual de la vida, la defensa de la persona humana, y una serie de valores cristianos y humanos totalmente incompatibles con los puntos básicos del comunismo.

J. SANCHEZ MUNIAIN, S. J.